



Leopoldo Calvo-Sotelo y François Xavier Ortoli: tras dos horas y tres cuartos de espera, al final se encontraron.

## Europa y USA

# La opción exterior para la economía española

**F**ALTO totalmente de iniciativas en el terreno de la política económica —salvo más o menos difusas referencias a una supuesta reforma fiscal, como el discurso del presidente Arias ha confirmado la pasada semana—, el Gobierno lucha contra el tiempo en la búsqueda de una solución para los gravísimos problemas de la economía. No hay política económica y los intentos hasta el momento realizados han sido frustrados desde su inicio. La crisis, a pesar de ligerísimas mejoras coyunturales, continúa. ¿Por dónde salir? El inusitado afán viajero de algunos ministros en las últimas semanas parece indicar que una vez más se busca el camino en el extranjero.

Dos son los puntos de referencia en esta línea: los Estados Unidos y Europa. El ministro de Industria, Carlos Pérez Bricio, ha realizado en fechas recientes un significativo viaje al primero de los citados con una misión clara y concisa: pedir inversiones norteamericanas para nuestro país. Y el ministro de Comercio acaba de regresar de Bruselas, en donde han comenzado los contactos entre la delegación española y comunitaria para poner a punto las relaciones comerciales entre nuestro país y el Mercado Común.

### Mercado Común

Nadie sabe con exactitud el contenido de las propuestas concretas

españolas en este terreno. Y sin duda es un tema crucial. Un tema que domina la escena del futuro de nuestra economía y que condiciona totalmente la evolución de los acontecimientos. Se habla de un cambio de postura de la Comunidad respecto a España en los últimos meses. Se habla incluso de un cheque en blanco entregado a nuestros gobernantes, cuando lo cierto es que ni lo uno ni otro se ha producido y la aparente "buena voluntad" de la Comunidad está totalmente condicionada por la evolución de los acontecimientos españoles.

En efecto, el único cambio de actitud por parte de la Comunidad se ha producido en el terreno del planteamiento técnico de su postura de cara a la renovación del Acuerdo Preferencial de 1970, pasando de una exigencia de establecer una zona de libre cambio en un período que finalizaría en 1985, a la de renovar el Acuerdo sin más complejidades y únicamente añadiendo una cláusula adicional que hiciera extensivos los términos de 1970 a los tres nuevos miembros —Inglaterra, Irlanda y Dinamarca— que se integraron en el Mercado Común con posterioridad a aquella fecha.

Por parte española nunca ha habido una definición clara de sus posturas; los vaivenes han sido constantes: según cuales fueran los intereses que primaran, los polí-

ticos, comerciales o industriales, o sencillamente según fuera el Departamento que en cada momento tuviera ocasión de tratar el tema, las posturas han sido radicalmente distintas: desde aquel conato de aceptación de la propuesta comunitaria de establecer una zona de libre cambio para 1980 que el Gobierno español, cuando Cortina Mauri era ministro de Asuntos Exteriores, estaba a punto de aceptar en bloque, de no ser por las reacciones de determinados medios industriales, hasta el rechazo, en noviembre de 1974, de toda la propuesta comunitaria en esta línea, ha habido de todo. Se ha estado sencillamente a verlas venir.

Ha sido precisamente la gestión de José María de Areilza, en sus tres viajes a distintos países del Mercado Común, la que ha enderezado de alguna manera el planteamiento español. Al Gobierno no le interesa la zona de libre cambio y si una continuación de los términos del Acuerdo de 1970, ampliándolo, mal que nos pese, a los tres nuevos miembros en cuyos mercados nuestros productos se beneficiaban hasta ahora de un "statu quo" arancelario muy favorable, ya que, hasta hace muy poco tiempo, se les venían aplicando las mismas tarifas que estos países mantenían antes de su entrada en el Mercado Común y que son notablemente más bajas que la exterior común de éste.

### Ampliación del Acuerdo

No puede olvidarse que las ampliaciones de las condiciones comerciales que rigen nuestro comercio con los "Seis" a los "Tres" había sido hasta el momento uno de los peligros que pesaban sobre España, una de las amenazas que la Comisión cernía sobre nosotros, ya que, entre otras cosas, la Gran Bretaña es uno de los primeros clientes de nuestros productos agrarios en el mundo. Sin embargo, las condiciones han evolucionado y las tarifas exteriores de Gran Bretaña, Irlanda y Dinamarca han ido ascendiendo paulatinamente y en breve se asimilarán a las comunitarias.

En definitiva, perdemos bastante menos de lo que se dice en este terreno, aun cuando en algunos productos concretos, hortalizas por ejemplo, la adaptación, en caso de producirse, sería bastante dolorosa en los primeros años. Pero tampoco puede olvidarse que nuestros principales competidores en los mercados comunitarios, los países del Magreb, están aceptando estos términos.

Existe, sin embargo, un problema adicional: las resistencias que Italia pueda oponer al mantenimiento de preferencias arancelarias que considera excesivas para nuestros productos, postura a la que los agricultores franceses están dando claras muestras de apo-

## La opción exterior

yo en los últimos tiempos: será éste, sin duda, un punto fuera en las negociaciones que, siempre a nivel técnico, se reanudarán el próximo 14 de mayo y podrían producirse algunos cambios en el Acuerdo Preferencial de 1970 a la luz de estas presiones.

### Entra la política

Esta es la esencia de la cuestión desde el punto de vista comercial. Pero la clave es la duración de este nuevo acuerdo: ahí entra la política. Porque todo indica que el nuevo Acuerdo, con todos los retoques que podrían darse en la línea apuntada, va a tener una duración muy breve, probablemente de dos años. El porqué es claro: si al final de ese período la situación política española no evoluciona decididamente hacia la democracia —y en su propio interés los Gobiernos de los países comunitarios, salvo excepciones, exigen una verdadera democracia—, se volverá a las posturas de antes; si no hay perspectivas de integración plena, para lo cual la democracia es necesaria, la zona de libre cambio, el sometimiento de nuestros mercados industriales a los gigantes de la Comunidad, será lo único que nos ofrezcan. Y si no estamos de acuerdo con lo que hoy, casi diríamos que coyunturalmente, se nos plantea, tendremos la misma respuesta: cuando se habla de dinero, de comercio, los comunitarios no se andan con chiquitas.

De ahí el enorme interés que en esta línea tienen dos acontecimientos que han coincidido con la reapertura de negociaciones: la visita del equipo democristiano del Estado Español a la Comunidad —siendo recibidos con preferencia por sus mandatarios sobre el ministro de Comercio español, que tuvo que esperar dos horas y tres cuartos a que Ruiz-Giménez, Gil-Robles, Cañellas, Ajuriaguerra y Ruiz terminaran su entrevista con Ortoli— y la reacción —nula o negativa— que los Gobiernos y los medios de la Comunidad han tenido para con el discurso de Arias —en el que significativamente no se hizo una sola referencia a los apoyos exteriores, salvo para el caso de los comunistas—.

Y es que, sin duda, el eclecticismo que en muchos de los países de la Comunidad existe respecto a la evolución política española es, en cierta medida, palpable: Europa, el Mercado Común, necesitan de España como miembro de pleno derecho, entre otras cosas porque se

trata de arrancar a nuestro país de las manos de los americanos, pero también porque hay que eliminar un constante foco de tensión en sus fronteras —y no tanto por el establecimiento de un régimen socialista en nuestro país—. Para eso, una vez más, hace falta la democracia, y cualquiera que la traiga es bueno. El enfriamiento del optimismo que en medios comunitarios reinaba respecto de la reforma aireada por el primer Gobierno de la Monarquía es evidente en este sentido.

Así están las cosas en Europa: pocas castañas nos van a sacar del fuego los comunitarios en materia económica. Al Gobierno, sin embargo, le queda la baza tradicional de los Estados Unidos; una sola empresa americana (la Ford) nos ha dado, con 16.000 millones de pesetas, casi el 60 por 100 de las inversiones extranjeras que acudieron a nuestro país en 1975. Y el ministro de Industria ha pedido más, mucho más. ¿Vendrán? Hacer predicciones sobre la política exterior de los Estados Unidos en un momento tan delicado en la situación europea —triumfo de los socialistas en Portugal y alejamiento del peligro rojo en el país luso, pers-

pectivas de un ascenso comunista en las elecciones italianas de junio, etcétera— es, sin duda, arriesgado.

Estados Unidos, por el momento, apoya claramente al Gobierno; y es una ayuda nada desdeñable. Y presiona para que los europeos hagan lo mismo. Pero de la evolución de la situación interior española y de la solidez del Gobierno —que más de alguno ha puesto en cuestión— va a depender la consistencia de este apoyo. No hay que olvidar, sin embargo, un elemento que podría cambiar, en el terreno económico, el panorama anterior: haciendo una hipótesis muy global, se afirma que una de las soluciones para la actual crisis podría estar en un cambio de Gobierno que llevara a la Vicepresidencia de Asuntos Económicos a un hombre vinculado a las empresas multinacionales, especialmente americanas, que contando con el apoyo de éstas y probablemente con las ayudas financieras que directamente podría proporcionar el Gobierno de los Estados Unidos, se lanzara hacia una política decidida de estabilización económica destinada a controlar dos de los elementos más característicos de la actual crisis: la inflación, más desbordada de lo

que se cree en estos momentos, y el déficit exterior.

Ello, como en 1959, a costa de una reducción de la actividad interna y un lógico aumento del paro, claro está que sin contar, como en aquel entonces, con la espita de la emigración —lo característico del momento actual es el retorno de emigrantes— ni de la avalancha turística —este año, según todos los indicios, habrá una retracción del turismo, a la que no serán ajenas las campañas de boicot que se realizan en algunos países europeos—.

¿Es posible esta operación? Posible lo es todo, como estamos viendo en los últimos meses en el terreno económico. Pero, sin las garantías que existían en 1959, con la opinión de muchos Gobiernos europeos en contra, lanzarse a esta aventura, con el solo y sin duda hipotético apoyo de los Estados Unidos, con casi ochocientos mil parados y una tensión social muy superior a la de aquel entonces puede ser enormemente peligroso para el Gobierno. Hasta el extremo de que no sería fácil encontrar a ese hombre que sustituyera a Villar Mir para capitanearla. ■ CARLOS ELORDI.

## Agricultura

# Los monopolios del campo

**A**l tiempo, y en la misma localidad que las altas representaciones oficiales celebraban con el protocolo habitual la "Fiesta del Olivo", dedicada este año a la provincia de Albacete, más de un centenar de campesinos de Mora de Toledo se reunían, más tímidamente y sorprendidos de poder hacerlo, para estudiar colectivamente los problemas agrícolas de su zona.

El acto, celebrado la pasada semana, estaba organizado por un "plantel" de jóvenes agricultores del Servicio de Extensión Agraria. En la mesa se encontraban Enrique Carrasco, presidente de la cooperativa de Villamalea (Albacete); Angel Galán, jefe comercial del Servicio de Extensión Agraria, y un técnico de comercialización del Ministerio de Agricultura.

Enrique Carrasco hizo una breve historia del cooperativismo en España, analizando en primer lugar las características del que se había conocido en la Segunda República. "Todos sus vestigios desaparecieron con la guerra civil y no fue sino

hasta mediados de los 50 cuando se produce el intento demagógico del Sindicato Vertical de armonizar el capital y el trabajo en el campo: nace así la nueva Ley de Cooperativas, que en definitiva no es más que un intento de los monopolios de invadir el campo". Habló también de las Cajas Rurales, instrumento clave de la configuración del cooperativismo en España: "Las Cajas locales han sido absorbidas por las provincias y se han convertido en meros Bancos privados". Trazó además una perspectiva general del momento agrario, que calificó de crítico como consecuencia del abandono en que la política económica lo ha sumido y del hecho que los únicos apoyos van dirigidos a los grandes monopolios de comercialización. "El gravísimo problema de los intermediarios, por todos denunciado, es fomentado directamente por el Gobierno".

Carrasco, tras aludir a la III Reunión de Organizaciones Campesinas recientemente celebrada, concluyó que el inmovilismo político general afecta directamente al

campo, entre otras razones porque impide una integración con el Mercado Común, situación en la que podrían resolverse muchos de los problemas actuales de la agricultura española.

El técnico del Ministerio de Agricultura hizo un profundo análisis crítico de los actuales mecanismos de comercialización, tesis que fue apuntalada por el presidente de la cooperativa de Mora de Toledo, quien denunció la inutilidad de la UTECO de Toledo y por extensión de las demás. Uno de los asistentes denunció la campaña propagandística que actualmente realiza Ballarín Marcial: "¿Cómo un hombre que ha sido tantos años presidente del IRYDA puede hablar ahora de Reforma Agraria?".

Este fue, sin duda, el vocablo más profusamente empleado por los distintos campesinos que intervinieron en el coloquio. Hasta el extremo que un grupo de jóvenes ingenieros agrónomos que habían acudido al acto se ofrecieron para asesorar a los campesinos en esta línea. ■ C. E.